

De Ferrer y Saret nos han enviado este artículo, fruto de un viaje de un cliente



Apuntes sobre un viaje a la Antártica y sus motivaciones

Alfonso Carner Suño



Febrero 2004

El conocimiento del continente antártico por el gran público aún hoy es muy escaso.

Es sabido que los casquetes polares están cubiertos de hielo y que los vientos huracanados y los grandes temporales de los mares del sur han sido la pesadilla de los navegantes desde las primeras gestas oceánicas, mucho antes de que los balleneros surcaran aquellas aguas, y más de uno se hace la pregunta de porqué en las zonas más frías del hemisferio meridional tienen su «hábitat» los pájaros bobos, los pingüinos, mientras que los grandes osos de piel blanca lo tienen en idénticas latitudes pero del hemisferio opuesto.

Recientemente ha crecido el interés por el polo Sur y su entorno, muy alejado de la mayoría de las masas continentales y de sus habitantes.

Se intuye que se trata de un espacio diferente y muy importante para el estudio de las previsiones meteorológicas a medio plazo y que puede desvelarnos muchos secretos sobre el pasado y el futuro de nuestro planeta e incluso del sistema solar.

Desde muy jóvenes, mi generación, como la de mis

padres y abuelos se aficionó a la lectura con las novelas de Julio Verne ilustradas con grabados de Gustavo Doré o artistas similares, muchas de las cuales se refieren a temas polares, como «El país de las pieles» y «Los ingleses en el Polo Norte», editadas por Gaspar y Roig entre 1868 y 1876; o como «El desierto de hielo» compuesto en una imprenta madrileña sucesora de Rivadeneyra, impresora de la Casa Real.

En los últimos años de mi adolescencia cayó en mis manos un libro sobre la estancia e investigaciones de un grupo argentino que invernaó cuatro años en las Orcadas del Sur, que me impactó muchísimo; y, ya muy recientemente, en mis años de madurez, cuando la senectud acecha, el libro de Carolina Alexander sobre la legendaria expedición de Shackleton a la Antártica (1914-16), con las impactantes fotografías de Franck Hurley, que leí y visualicé con gusto.

Mis primeros contactos con el mundo polar con visión directa de icebergs se produjeron en la costa este de Groenlandia (Kulusuk), en julio de 1991, donde quede maravillado de sus caprichosas formas, diversidad de tamaños y rara belleza, hasta el punto que unos años después, impelido



por aquel recuerdo, visité el glaciar Hubbard en Alaska y pude disfrutar asimismo del ruido sordo pero grandioso de los derrumbamientos y del alumbramiento y formación de hielos flotantes, que estimularon mi interés por conocer más a fondo estas regiones extremas del planeta y, en particular, el continente antártico, por desconocido y lejano.

Así fue que el pasado enero, ante una oferta tentadora y oportuna, me embarqué sin pensarlo dos veces en un buque rompehielos alemán, de pequeño porte, el «Bremen», que realiza cruceros de 10/12 días por la península Antártica, mucho más idóneo, por cierto, que los grandes transatlánticos incapaces de adaptarse a los dictámenes de la madre naturaleza, sumamente voluble en esas latitudes.

Son muchas las cosas que aprendí, así como los conocimientos teóricos dispersos que recuperé del olvido al visitar esos parajes hermosísimos y solitarios que nos pertenecen a todos y a nadie en particular, que tanto podrían corresponder a otros

Mi viaje



mundos como al nuestro.

Donde impera la solidaridad entre los pocos y turnantes equipos humanos que ocupan unas decenas de asentamientos científicos permanentes, algunos grandes como excepción, para un territorio tan extenso como media África, de contornos imprecisos en algunas zonas de su periferia.

Donde domina el blanco por doquier, pero al mismo tiempo la más variada gama de colores e irisaciones, los más amplios horizontes sin menoscabo de los espacios cerrados, los cielos a veces limpios y a veces cubiertos, pero siempre bellísimos.

En estos lugares es difícil apreciar el tamaño de los objetos y la distancia a que se encuentran, separados del observador por una atmósfera seca e incólume; y me sorprendió constatar la abundancia de mamíferos y aves marinas que ocupan las superficies de hielo, el mar, los cielos, los riscos y acantilados y las zonas montañosas; como también la rica vida subacuática que les provee de alimentos ante la pobreza o inexistencia de flora terrestre, siempre en situación precaria cuando la hay, y sustituida en las superficies minerales desnudas, por líquenes o especímenes

similares; y, en especial, la envergadura de algunas aves en vuelo, que pueden llegar a los cuatro metros, dejando en mal lugar a los grandes cóndores de la cordillera sudamericana.

Al estudiar los mapas que ilustran nuestra errante ruta de navegación me sorprendió también comprobar que la llamada península Antártica, con el rosario de islas que la acompañan, una y otras de fuerte actividad volcánica, no sean otra cosa que la prolongación de la cordillera andina que emerge del océano, formando una amplia curva en las islas Malvinas, Georgia, Sandwich y Orcadas del Sur; y al contemplar los enormes icebergs tabulares de más de un kilómetro de longitud que se resquebrajan del litoral, no tanto por el aumento de temperatura en verano como por el efecto de la rotación terrestre.

En cuanto a la masa continental fija, de orografía accidentada y elevados picos, que se halla deprimida desde hace millones de años por el peso de dos kilómetros de hielo que muy lentamente se desplaza por los glaciares, realimentándose continuamente desde el centro a la periferia y que el subsuelo de la misma contenga minerales, carbón y petróleo

que se formaron, según los expertos en anteriores períodos geológicos más idóneos, que la presencia de fósiles testifica.

Y ahora, para no proseguir con mis sorpresas, que ya las descubrirá, y muchas más, el presunto futuro visitante, y finalizar estos sí, ya demasiado extensos apuntes sobre los orígenes de mi vocación antártica y de mis impresiones sobre estancia tan singular, me atrevo a dar varios consejos puramente personales a quienes pretendan acometer viajes a estas latitudes.

Que no lo realicen los que son muy propensos al mareo o mal de mar, ni los que no soporten varios días de navegación, incluso en aguas calmas, que también las hay, o a quienes les afecten muy negativamente los rayos solares o la luz ultravioleta. Pero que sí lo emprendan quienes, sin estas limitaciones, sean amantes de la naturaleza virgen y quieran preservarla, los que posean alma de poeta, aunque sólo sea un poco, los que tengan inquietudes científicas y sobre todo espíritu de aventura, porque en estos lugares no valen los programas establecidos sino la capacidad de improvisación y adaptación a un clima cambiante, capaz de proporcionarnos repentinas sensaciones de estupor y asombro.